

ARTURO BAREA

✠ La raíz rota

Prólogo de Nigel Townson

ED | DE
SALTO | PÁGINA

❖ La raíz rota

Mamá
In memoriam

Los personajes de este libro son invención mía.

Los detalles de la escena española y los episodios fuera del argumento del libro son auténticos y podrían comprobarse. Al contar una historia sobre españoles viviendo en Madrid en 1949, he tratado de dar forma a problemas humanos que son universales y que de ninguna manera se limitan a un determinado país.

A. B.

Capítulo I

Antolín cabeceaba en su rincón. El tren había parado un momento en la estación de Pozuelo y sabía que estaban entrando en Madrid. Pero la fatiga del viaje interminable desde la frontera podía más que su excitación.

En el compartimiento lleno de gente se levantaron cuatro hombres y comenzaron a descolgar sus maletas de las rejillas, Antolín miró a través del cristal de la ventanilla. Fuera, en la oscuridad de la noche, parpadeaban las luces de la ciudad, muy lejana aún al parecer. Los cuatro hombres se habían quedado de pie entre las piernas de los demás viajeros, sosteniendo cada uno su maleta a pulso por encima de las dos hileras de muslos. El más próximo a Antolín había pegado su cara al cristal, su cabeza casi rozando la suya, y miraba también ansiosamente al exterior. A Antolín le hacía gracia la impaciencia del hombre. No tenía el aspecto de ser un paleto provinciano que llegara por primera vez a Madrid. Era un tipo completamente madrileño, hasta con un aire que le hacía un poco achulado. Los otros tres estaban cortados por el mismo patrón, y aunque en su somnolencia no había seguido la conversación general, le era evidente que los cuatro viajaban juntos.

El tren comenzó a frenar. Debían de estar aproximándose al Puente de los Franceses, pensó Antolín. Volvió a su memoria, en una ráfaga de visiones, el recuerdo de innumerables viajes a la sierra: cuando muchacho, de merendona en pandilla con los amigos; después a solas con la novia para tumbarse en los pinares; las últimas veces como un buen padre de familia, con la mujer y los chicos, cargado con el hatillo de la merienda. Si hubiera un poco más de luz del día, seguramente podría reconocer hasta las piedras y los barrancos. Allí, en los alrededores del puente, a uno y otro lado del río, había peleado durante semanas. Se arrancó la evocación con un esfuerzo. Se había prometido a sí mismo no recordar.

El hombre a su lado despegó la cara del cristal, abrió la ventanilla primero y la portezuela después, mientras, volviéndose a medias, decía:

—¡Ahora!

Lanzó a la vía la pesada maleta y tras ella las maletas de los otros tres. Los movimientos de los cuatro, pasándose las maletas unos a otros, habían sido tan rápidos y precisos como un número de circo. Pero el acto no estaba terminado. El jefe de la *troupe*, porque indudablemente era el jefe, se agarró al pasamanos exterior y desapareció; los otros tres le siguieron en tres movimientos idénticos. Sólo el último exclamó, dirigiéndose a todos:

—¡Buenas noches!

Por la portezuela abierta entraba una oleada de aire húmedo del río, maloliente con el humo de la locomotora, llenando el compartimiento con una neblina tenue. Un viajero, enfrente de Antolín, se asomó y forcejeó contra el viento para cerrar con un golpe rudo la portezuela. Casi inmediatamente después les envolvió el estrépito metálico, ensordecedor, del convoy sobre la vigería del puente. Cuando cesó el ruido, el viajero miró a Antolín, meneó la cabeza y dijo:

—Los pobres...

Antolín contestó:

—¿Qué eran? ¿Torerillos?

Sin duda había dicho algo tremendamente absurdo: todos los viajeros volvieron la cabeza y le miraron con asombro. Se sintió molesto. Por un momento nadie dijo una palabra, hasta que una mujer ya madura, frescachona, exclamó:

—Pero, ¡hombre de Dios!, ¿de dónde sale usted?

Antolín balbuceó azorado:

—He estado muchos años fuera, pero cuando era muchacho, los maletillas solían tirarse del tren aquí. Yo mismo lo hice dos veces, porque también me dio por irme de capeas. Pero viajábamos bajo los asientos o en los topes.

La mujer cacareó entre risas:

—¡Anda Dios! Y yo que creía que era usted un «monsiú», o un míster. Con esa ropa que lleva que no es de aquí, que se ve a la legua, ¡vamos!, y esa cara más seria que un ajo, sin decir esta boca es mía en todo el camino... Y ahora nos sale con que ha sido maletilla. Mira, que si nos da por hablar mal del Gobierno. Eso es para que se fíe de las apariencias. Ahora que le voy a decir a usted, cuando vinieron los agentes a pedir la cédula y usted les largó el librito azul, me dije «Manuela, ten cuidado, que eso no me huele bien», y creo que a todos nos pasó lo mismo.

Antolín se sonrió de buena gana:

—Era el pasaporte.

—Sí, claro. Pero, lo que iba a decir, esos que se han tirado son estraperlistas, que me supongo que sabe usted lo que son aunque venga de lejos. Y claro, no se van a dejar coger en la puerta de la estación. —La mujer cortó el chorro y miró los focos encendidos que cruzaban ante la ventanilla. Estaban dentro de la estación.— ¡Jesús, Jesús! ¡Una aquí charla que te charla, y ya hemos llegado!

Antolín pisó el andén y se incorporó lentamente a la corriente de viajeros en busca de salida. Iba despacio porque el tren le había entumecido y porque trataba de reconocer lo que le rodeaba. El sitio le era tan familiar como la Estación Victoria

de Londres. Pero la muchedumbre con sus trajes, sus voces, sus gestos y ruidos era algo irreal que resurgía del pasado y trataba de borrar de golpe la realidad de las multitudes de ayer. Sus reacciones no se ajustaban. Tropezó con alguien:

—*I'm so sorry!* —exclamó. Rectificó avergonzado ante la mirada de asombro del otro—: Perdone, iba distraído. —Después el hombre volvió dos o tres veces la cabeza y Antolín acortó el paso, deseando desaparecer entre la gente.

Cuando se sentó a la mesita del comedor desierto y comenzó a cenar, doña Felisa reapareció. Era una mujer ya pasada la cincuentena, amplia de carnes, envuelta en una bata con flores estampadas, unos lentes con montura de oro pendientes de una cadenita, la cara llena de sonrisas. Más que la dueña de una pensión le hacía a Antolín el efecto de una madre con muchos hijos, que todos han prosperado por el mundo.

Se sentó frente a él. El comedor era una habitación del primer piso con tres balcones a la calle. Estaban sus luces apagadas con excepción de la lámpara sobre la mesa de Antolín, una lámpara diminuta con una pantalla rosa, que hubiera dejado a oscuras el resto de la habitación si no entrara por los balcones abiertos el resplandor de los focos de la calle, que iluminaba con gruesos trazos de luz y sombra.

Doña Felisa le llenó el vaso con vino:

—Esto no lo tienen ustedes en Londres, ¿verdad? ¿Cómo está la sopa? Claro que tiene que conformarse con lo que hay. El tren ha llegado muy tarde y la cena se terminó hace ya dos horas, pero un poquito de jamón después de la sopa, y se va usted a quedar como nuevo. Me trae el jamón uno de los factores de la estación, que como todos los hombres, se gana la vida como puede; aparte de que yo le doy una propinilla cuando me trae un viajero. Y ahora cuénteme, ¿cómo está don Eduardito? Bueno, así le llamábamos aquí, tan chiquitín como es y tan esmirriado que nadie creería que es inglés, hasta que no

abre la boca y empieza a comerse las letras. Es un hombre muy simpático, mejorando lo presente. Y muy leído. ¡Jesús! Sabe más de Madrid que yo misma que he nacido en él y no he salido de aquí en mi vida más que algunos veranos cuando vivía mi pobre Pepe, que íbamos a Ponferrada, porque él era de allí. En fin, no quiero aburrirle con mis historias. Le he subido las hojas para la policía para que haga el favor de llenarlas cuando termine. Aunque si quiere, lo puedo dejar para mañana. Pero mejor es que lo haga ahora, ¿sabe? Porque nos dan la lata; a veces se nos descuelgan a las tres de la mañana y nos despiertan a los huéspedes. Le digo que entre unas cosas y otras...

—Ahora mismo las lleno, no se apure. —Antolín retiró el plato a un lado y echó mano a la estilográfica.

—Y, aunque sea curiosidad y diga usted que a mí qué me importa, pero usted no es inglés, ¿verdad? Porque don Eduardito escribió que venía un inglés amigo suyo, pero lo que tenga usted de inglés que me lo claven a mí aquí. —Y doña Felisa se golpeó el frente con la yema de un dedo lleno de morcillitas rosadas.

—Pues sí, doña Felisa —a Antolín comenzaba a hacerle gracia la mujer—, inglés puro, pero nacido en Madrid. —Se sonrió y agregó, ya serio—: Tengo la nacionalidad inglesa, pero soy español.

—¡Anda! No me diga más. Usted es uno de los rojos. Bueno, con perdón, quiero decir, de los republicanos que se marcharon allí.

—Sí.

—Pues ya puede andarse con cuidado aquí. En cuanto le huelan, le meten en chirona por muy inglés que sea. Usted no sabe lo que es esta gente. Mire, le voy a decir la verdad. Yo siempre era una de los del Rey, y cuando le echaron al pobre y vino la República, buenas rabietas que me costó. Pero ahora, cualquier cosa antes que esto. Porque usted no tiene idea de lo que está pasando. ¿Usted ha visto ese jamón que se ha comido? Pues a cien pesetas el kilo lo he pagado yo, y agradecida. Como eso, ¡todo!

—No se preocupe usted. Yo no he venido aquí más que a hacer una visita, y todos mis papeles están en regla. No me voy a meter en políticas.

—Y hará usted bien. A pasarse aquí un mesecito, o lo que quiera, a gusto; y deje usted a los políticos que se rompan ellos la cabeza...

Cuando Antolín se vio solo en su habitación, la cansera del viaje, aumentada ahora por la cena y el vino más la verborrea de doña Felisa, le asaltó de golpe. Comenzó a desnudarse. Quería meterse en la cama y dormir. Las cosas estarían más claras mañana. Su cabeza ahora no era más que una confusión de trozos de paisaje, de ruidos, de olores, de recuerdos fugaces, de caras y de costumbres ya extrañas, de mezcolanzas de frases pensadas en un idioma y pronunciadas en otro; y sobre todo ello el cansancio físico que todo lo hacía borroso y ajeno.

Se durmió instantáneamente.

Se despertó muy de mañana. En su fatiga había olvidado la noche anterior cerrar las cortinas, y el sol de septiembre entraba por una esquina del balcón, estrellándose contra la pared inmediata a la cabecera. No eran aún las siete. Se había despertado de golpe, sobresaltado. Su brazo no había encontrado el cuerpo de Mary, sino en lugar de él el vacío más allá de la cama estrecha de la pensión. Se sentó en el borde del lecho y miró estúpidamente las cosas que le rodeaban. Sobre todo el chorro de luz de un sol descarado y extraño. Fue sólo un momento. La realidad de donde estaba se apoderó de él. Estaba en Madrid. Mary, Londres, Inglaterra, parecían lejanos. Tal vez nunca volvería a verlo. Era una sensación que no sabía si le alegraba o le disgustaba. Sentía algo de miedo, un miedo viejo que ya conocía; el miedo de estar solo.

De la calle subían ruidos mañaneros que Antolín iba identificando uno a uno: el balcón que se abre con ruido de cortinas corridas; el cierre metálico sobre el cual golpea el sereno antes de irse a casa, llamando a los dependientes de la tienda; la alfombra que se sacude con trallazos secos antes que el guardia de servicio

pueda imponer multas; los pasos lentos de un caballo que ya no volverá a verse durante el día, tirando de su carrito, porque la ciudad le prohíbe más tarde pasearse por sus calles; el vendedor de periódicos de la esquina que de vez en cuando vocea, cargado aún de sueño su grito; la pareja de viejas beatas que van a misa de siete y que dejan oír un trozo de sus murmuraciones en el silencio de la calle; algún automóvil que pasa con ruido de goma blanda sobre el asfalto; muy lejos, los timbres de los primeros tranvías, esos tranvías que sólo llevan gentes que van a trabajar.

No quería levantarse aún. La pensión estaba en silencio, él estaba envuelto aún en la pereza matinal, el sol era alegre, y era un placer pensar. Es curioso cómo se convierte en cómico, cuando ya no es más que un recuerdo, lo que fue tragedia cuando se vivió. Había encendido uno de sus cigarrillos ingleses y era este cigarrillo el que provocaba este pensamiento.

Recordaba los primeros días del destierro, la llegada a Inglaterra a bordo de aquel crucero, todo acero, todo olor a grasa y ácido carbónico. Las rebanadas de pan y las tazas de té; y ellos querían comer. ¿Dónde se había visto que té y rebanadas de pan fueran comida? Los días de mareo y de blasfemias mezcladas de bromas durante la travesía; y la llegada a aquel Londres que les parecía tan inmenso y tan extranjero. Las habitaciones destartadas del *hostel* y la energía agria de Mrs. Mallet gritando órdenes en un español lleno de grietas. Y más té. El primer choque con la buena samaritana fue por el hambre de fumar. Nadie en el Comité de Ayuda había pensado en ello. Aquella primera noche, Mrs. Mallet los dejó solos y trajo al poco cigarrillos. Un paquetito de cinco pitillos diminutos para cada uno. Cinco Woodbines —luego aprendieron el nombre—, que ardían solos, tan suaves que no sabían a nada. Una gota de agua para aplacar una sed de verano. Les daría un paquetito de aquéllos todas las mañanas, les dijo. Y, ¿qué iban a hacer ellos con aquello?

Durante días pasaron hambre de fumar. Aún no los dejaban salir a la calle. Pero en cuanto comenzó la aventura de explorar aquella tierra desconocida donde sólo habitaban gentes a quie-

nes uno no podía entender y que no le entendían a uno, surgió el plan: el Chato, un anarquista valenciano que nadie sabía cómo se llamaba, ni cómo pudo meterse en los últimos instantes en el crucero, fue el iniciador. Mrs. Mallet les daba cada semana un chelín, «dinero de bolsillo» lo llamaba, por si les ocurría algo. Y el Chato planeó la solución al problema de fumar. Con un penique podían entrar en el Metro y pasearse el día entero allí, si tenían cuidado de no pasarse las estaciones limitadas por el precio. Se repartían los trenes, uno en cada vagón, después de la hora de aglomeración, y recogían las colillas. En Londres no había colilleros y al principio los buenos ingleses se les quedaban mirando, atónitos y asqueados. A ellos mismos les iba entrando vergüenza y recurrían a los trucos más ingenuos para que los escasos compañeros de viaje no se dieran cuenta. Por la noche se reunían en el *hostel* y vaciaban los bolsillos. Hacían un inmenso montón de colillas y renegaban a coro de las malas maneras de los ingleses que apagan los cigarrillos con el tacón del zapato, sin acordarse de los pobres. Liaban cigarrillos hasta la once de la noche, hora en que Mrs. Mallet les obligaba a acostarse. Mantenía con ellos una batalla constante; e indudablemente, la paciente mujer tenía razón. Olía todo a colillas, ellos, sus ropas, todas las habitaciones del *hostel*.

Mrs. Mallet pretendió suprimir de raíz aquel tráfico; y fracasó. La única solución hubiera sido que hubiera podido alimentarles de tabaco, pero gracias con que contaba con suficiente dinero para mantenerlos. Tal vez aquello aceleró el que les fueran buscando trabajo. Él fue uno de los afortunados. Aunque su francés era puramente de escuela secundaria, hablaba bastante bien para que le entendieran y entender él, y un día se vio de pinche de cocina en un restaurante griego de Soho, a las órdenes de un cocinero cuyos mayores méritos eran el haber nacido en Francia y poseer el arte de convertir en un guiso presentable los desperdicios más increíbles. Le dejaban dormir allí, no por lástima, sino por mantener los fuegos de la cocina y por imponer algo de respeto a las ratas. El tabaco nunca volvió a faltarle.

Fue entonces cuando sintió más terriblemente el temor a la soledad. Era una entidad perdida en un mundo desconocido, desamparado de todos. En los ratos libres se reunía en la esquina de Dean Street con algunos de los antiguos compañeros del *hostel*. Muchos habían desaparecido en las provincias, adoptados por familias simpatizantes con la República. Otros, la mayoría, tenían trabajos similares al suyo. Pinches para pelar patatas en los sótanos de las cocinas de los restaurantes, o simplemente lavaplatos en rincones mugrientos de grandes hoteles. Unos pocos habían encontrado en seguida la vida fácil de las prostitutas y los clubs de noche, como simples chulos o como bravucones a sueldo. Eran los tentadores, los únicos con traje nuevo y dinero en el bolsillo.

Una tarde se acercó al grupo una pareja de policías y se los llevó a todos a la comisaría del distrito. Apareció allí un hombre, indudablemente un agente, que les explicó en mal español que no estaban detenidos, que les habían llevado allí sólo para que se enteraran de lo que estaban haciendo. La policía los conocía a todos, sabía lo que cada uno hacía, y dónde trabajaba, y cómo vivía. Los chulines, tan flamencos, se acoquinaron ante el hombre cuando éste se volvió a ellos y les advirtió que si seguían así, acabarían en la cárcel o serían expulsados del país. A los demás les aconsejó, paternal, que se aguantaran con su situación, que aprendieran el idioma, que trabajaran firme; y así nunca tendrían que quejarse y contarían con todo apoyo que les hiciera falta, si les pasaba algo.

Hacía ya rato que había terminado su cigarrillo; comenzó a vestirse. La luna del armario le devolvió su figura. Se miraba con curiosidad a la luz de este sol. Aún no aparecían —pensaba— sus cincuenta años, esa edad en la que el español ya es viejo. El pelo castaño, un poco claro sobre la frente, realzaba la amplitud de ésta, y aún conservaba sus rizos rebeldes. Tenía algunas arrugas finas bajo los ojos oscuros y bajo las aletas de la nariz, pero

le asombró verse la cara tan lisa. Aún sus mejillas no estaban flácidas, ni agudizaba la barbilla su punta, como suele ocurrir a los hombres de su tipo, el tipo delgado que se reseca. Se mantenía recto, con movimientos aún elásticos. Le parecía que su piel era menos cetrina que cuando salió de España. Pero todo el mundo decía que el clima inglés era bueno para la piel. Algo debía de haber en ello, porque siempre había sido un asombro suyo la piel de los ingleses y sobre todo de las inglesas: una piel lechosa, fina, bajo la que se transparentaban las líneas azules de las venas y las súbitas oleadas de sangre, y que en las mujeres viejas se convertía en porcelana con los años. Mary tenía esta piel fina y lechosa. Muchas veces había temido dejar en ella la huella de sus dedos.

Cuando Antolín acababa de vestirse, llamaron a la puerta. Abrió, y la muchacha puso cara de asombro:

—¡Anda, y ya se ha levantado el señorito! Yo que venía a preguntarle si quería una taza de té, porque doña Felisa dice que ustedes, los ingleses, todos toman té por la mañana.

La muchacha era pizpireta y alegre y contagió a Antolín.

—Pues, no, señora —dijo—, no tomo té por la mañana. Lo que sí quiero es un buen tazón de café con leche y un par de churros.

—¡Anda! Yo creía que era usted un místico. Pero debe hacer muchos años que usted no come churros. Ya se comerá usted una docena y se quedará con hambre. Porque, por si no lo sabe, le diré que son más pequeños que mi dedo meñique y gruesos como un fideo. Y ¿dónde va usted a desayunar, aquí o en el comedor? —Sin interrupción agregó—: Lo mejor es que desayune en el comedor, porque así nos da menos trabajo a nosotras.

—Bueno, chiquita, sobre todo la franqueza. Desayunaré en el comedor.

El desayuno destruyó la alegría momentánea que le había dado la muchacha. La leche era un líquido azulado, casi transparente; el café era un agua clarucha sin olor ni sabor; los chu-

rros realmente eran ridículos en su pequeñez. Tomaría un café en cualquier bar. Encendió un segundo cigarrillo y se marchó, dejando el desayuno intacto.